

Sobre amores de novela y otras frustraciones.

Alicia Killner

¡Tengo un amante! exclama en la soledad de su tocador Emma Bovary hablándole al espejo. Así festeja el inicio de su primera aventura que la lleva casi sin escalas al camino de la perdición. Su insatisfacción permanente, ese marido aburrido y esa vida provinciana se iluminan con el relámpago de un amor ideal, un amor de novela.

Bovary (y de algún modo Flauvert) crean una marca en el lenguaje. Una mujer que la evoque, alguien que sueñe la vida que no tiene, la mujer cuya alma haya sido envenenada por tanta lectura romántica topándose luego con la realidad de un matrimonio sin esperanzas, sufrirá de bovarismo. Una “enfermedad” por la que alguien puede incluso morir.

El espejo que refleja su cara gozosa será el mismo que suplique para mirarse en el instante último de su agonía, ese instante final y ese espejo nos recuerdan la frase del autor. Preguntado muchas veces quién era el personaje, si aquel caso de un pueblo de Normandía que se publicó en los diarios acerca de una mujer que siendo adúltera, se compromete en deudas que no puede saldar y al final se mata o aquella otra que... responde un poco harto: *Bovary c'est moi.*